

JOSÉ SEGUNDO FLÓREZ UN ALBACEA DE AUGUSTO COMTE
De TRES FILÓSOFOS EN EL CAJÓN
Colección La Centena
ERE, 1991

En un sentido amplio, el positivismo decimonónico fue un modelo de racionalidad que tomó como paradigma el método de las ciencias empíricas y quiso hacerlo extensivo a todas aquellas esferas de la cultura que permanecían bajo el dominio teológico o metafísico. Mas no todos los partidarios del positivismo se limitarían a esta dimensión metodológica. Hubo alguno, como el filósofo Augusto Comte, que sufrió con la ciencia una especie de romántica obnubilación, convirtiéndola en nueva *Religión de la Humanidad*¹.

En España el positivismo tuvo una difusión lenta, porque faltaban en nuestro país el desarrollo industrial y la tradición científico-técnica que propiciaron aquella nueva mentalidad. Tampoco es casual que la influencia del comtismo quedase reducida a Cataluña, ya que, como ha señalado el profesor Diego Núñez Ruíz, fue allí «donde la presencia de la escuela escocesa debilitó el influjo de la metafísica idealista, y donde el vigor de la civilización industrial era mayor que en el resto de España»². Sin embargo, los avatares del destino individual quisieron que un extremeño, José Segundo Flórez, ocupase un lugar preferente entre los íntimos de Augusto Comte.

Aquel extremeño había venido al mundo en la villa de Almendral, un día del mes de marzo de 1813. Como sus padres no eran ricos, el natural despejo del muchacho no tuvo otro horizonte que el de los estudios eclesiásticos. Primero serían los latines con el cura párroco y después vendría el noviciado en el convento que los Agustinos descalzos tenían en Badajoz.

Avanzada ya la decimonovena centuria, habían penetrado también en aquella ciudad fronteriza los últimos destellos de las «Luces» del siglo XVIII y no faltaban entre la clerecía diocesana quienes emulasen a los abates franceses leyendo a *enciclopedistas* e ilustrados. Por ello es de creer lo que cuenta Nicolás Díaz y Pérez³ sobre la iniciación del novicio José Segundo, por sugerencia del propio prior del convento Fray Domingo Espinosa, en la lectura de los *philosophes*. Ciertamente este Fray Domingo bien pudo ser uno de aquellos eclesiásticos liberales que tanto abundaron en el Badajoz de entonces, del estilo del prebendado Caldera, del racionero de la Rocha o de aquel otro fraile, agustino también, Fray Claudio Barreros, que en 1820 demostró «la armonía y conformidad» entre la Constitución liberal y la fe católica⁴.

Al son de los nuevos tiempos el joven José Segundo demostrará mayor interés por las doctrinas de Cabanis, Destutt de Tracy o del Barón d'Holbach, que por los añejos tratados escolásticos, y más apego por el idioma francés *-lingua franca* de los ilustrados- que por los latines eclesiásticos. Pero como no podía ser de otra forma, siguió cursando los estudios preceptivos, por lo que llegado el momento recibió las Ordenes y pronunció los Votos, hasta que un día, allá por 1835, su convento fue

¹ Cf. J. M. Petit Sullá, *Filosofía, política y religión en el sistema de Augusto Comte* (Barcelona, Universidad, Sec. Public., 1977).

² *La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis* (Madrid, Tucar, 1975) p. 119.

³ *Diccionario histórico, biográfico, crítico y bibliográfico de autores y artistas extremeños ilustres* (Madrid, Pérez y Boix, 1884, t. I) p. 603. Las pp. 603 a 620 (apéndices) amplían la biografía de Flórez que aparece en la p. 279 y corrige (gracias a los datos que, seguramente, proporcionó el biografiado) los numerosos errores existentes en la misma.

⁴ A. Gil Novales. *Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)* (Madrid, Tecnos, 1975), t. I, p. 509.

suprimido por las autoridades civiles. La excomunión arrojó al mundo al joven diácono y en él hubo de buscar ocupación y sustento.

Lo uno y lo otro vino a proporcionárselo su paisano José M^a Doménech y Andrada, procurador de los Tribunales de Sevilla y hombre muy de la situación como liberal de estirpe que era. Y fue que estando vacante la cátedra de Filosofía del Seminario diocesano, el abogado se dio traza y maña para lograr que un obispo carlista otorgase la titularidad a un joven como José Segundo, significado por su liberalismo. Empero, si la influencia política conseguía el nombramiento, el clero local no otorgaría su venia y aprobación.

Comenzó Flórez explicando Lógica y Matemáticas y en lugar de guiarse por el texto del Padre Guevara –como era casi obligado en los Seminarios-, dio en seguir las doctrinas de Destutt de Tracy y Condillac. Hasta aquí pasó la cosa. Pero cuando el joven catedrático se hizo cargo también del curso de Filosofía Moral, y tuvo la osadía de inspirar sus lecciones en la moral universal del Barón d'Holbach, la reacción no se hizo esperar. El día 11 de diciembre de 1836, el Gobernador eclesiástico de la diócesis lo llamaba a capítulo para despojarle de la cátedra, reduciendo su magisterio a la enseñanza de la Lógica y determinando que ésta se hiciese en latín y conforme al manual de Guevara.

Aquí da comienzo un tira y afloja entre el joven catedrático -que recurrirá al jefe político don José Cepeda del Río- y el gobernador eclesiástico, señor Blázquez Prieto, que regía accidentalmente los destinos de la diócesis. Flórez cifró sus alegaciones en un Real decreto que facultaba a las cátedras para la elección de los libros de texto. Argumentaba, así mismo, que siendo la Instrucción pública competencia exclusiva del ministerio de Gobernación, debería ser el jefe político el que entendiese en su caso, concluyendo que si alguien había de juzgarlo serían los tribunales ordinarios, que eran quienes estaban legalmente facultados para hacerlo, y no las autoridades religiosas. Sus alumnos le prestaron un clamoroso respaldo y el jefe político le apoyaría también, aunque por razones que más parecen ser de carácter administrativo que de amistad personal. Téngase en cuenta que los gobiernos de entonces pretendían secularizar y reglamentar la enseñanza secundaria, en tanto que la institución eclesiástica seguía defendiendo sus privilegios seculares oponiéndose a cualquier intervención en sus centros docentes. Aquel fue el verdadero trasfondo de la cuestión y todo lo demás (que Flórez no explicase en latín, «que inbuyese a sus alumnos máximas irreligiosas», o que llevase una vida poco recomendable) no fue otra cosa que pretexto y ocasión para dar comienzo al litigio. También es cierto que un historiador de nuestros días, el sacerdote Pedro Rubio Merino, identificándose en exceso con la parte acusadora, nos ha ofrecido un retrato de Flórez nada favorable y una versión de los hechos poco verosímil. Rubio, por ejemplo, toma al pie de la letra una vaga insinuación que figura en los pliegos de cargo presentados por el gobernador eclesiástico, y la da como base cierta para hacer esta grave acusación: «Sin que sepamos los motivos nos consta que en la noche de Reyes de dicho año [1835] murió el Prior de San Agustín de Badajoz. La muerte del Prior no inspiró al fraile Segundo Flórez otras muestras de piedad que las de apuñalar al cadáver de su Superior»⁵. Desde una perspectiva más desapasionada, otro estudioso del tema -Ricardo Cabezas- ve la destitución de Flórez como una consecuencia del complejo juego de enfrentamientos personales y conflictos políticos que rodeó al caso⁶.

Sea como fuere, el asunto dio mucho que hablar, y cuando Flórez se vio privado del apoyo político no tuvo otro remedio que marcharse a Madrid en pos de mejor fortuna. A su llegada en 1838 también encontraría en la capital del reino paisanos influyentes

⁵ *El Seminario Conciliar de San Antón*, de Badajoz (1664-1964) (Madrid, 1964), p. 283.

⁶ Agradezco al profesor Cabezas de Herrera Fernández la transcripción de documentos relativos al caso.

que lo apadrinasen⁷. Así, cuando el gobierno encomendase al pedagogo Pablo Montesinos la fundación de la Escuela Normal Central, José Segundo figuraría dentro del primer cuadro de profesores, como titular de Geografía e Historia. Con motivo de este nombramiento tradujo del francés e hizo adaptación de unas *Primeras nociones de cronología e Historia*⁸ para uso de las escuelas primarias españolas.

Entre tanto Flórez proseguirá su formación intelectual, acudiendo a las clases de Historia Natural y de Agricultura que impartían en el Jardín Botánico científicos tan eminentes como Mariano de Paz Graels, Lucas Tornos o José Alonso Quintanilla⁹. Tales estudios empíricos y una firme adhesión a las doctrinas médicas de Gall, unido todo ello a su inicial formación dentro de la escuela sensista, hicieron de Flórez una presa fácil del proselitismo positivista. Y, en efecto, casi por telepatía, se hizo discípulo de Augusto Comte cuando apenas se conocían en España las doctrinas de aquel filósofo francés.

Fue por entonces cuando la irregularidad de sus ingresos le obligó a ejercer la docencia privada y el periodismo político¹⁰. En esta lides se alineó con los demócratas, figurando entre los primeros que comenzaron a defender la opción republicana desde las páginas del *Peninsular*¹¹. Al poco tiempo de su ingreso en la Redacción, este periódico dejó de apoyar la Regencia de Espartero, uniéndose a un sector del partido democrático que había entrado en coalición con los conservadores. Tal defección dejó a Flórez en una ingrata postura. A diario se leían en las páginas de su periódico insultos dirigidos a los «ayacuchos» (partidarios de Espartero) entre cuyos notables figuraban extremeños como Domenech, Montesinos o Cepeda, benefactores todos ellos del recién estrenado periodista. Por eso quizás, hay algo de palinodia y autocrítica en la gran historia del General Espartero, que Flórez escribió cuando ya se había producido la caída del Regente¹². Esta obra -sin duda la más importante de su producción- figuró, por cierto, entre la bibliografía consultada por Marx para escribir sus artículos sobre la Revolución española aparecidos en la *New York Daily Tribune*¹³.

⁷ A. Rodríguez Moñino escribe: "José Segundo Flórez fue recomendado a Gallardo por la carta de don Diego Martín Rivero, fechada en 9 de julio de 1838 y debió de tratarlo en Madrid a partir del segundo trimestre de este año". *Historia de una infamia bibliográfica* (Madrid, Castalia, 1965), p. 41 n. 54. Gallardo lo pondría en contacto con otros paisanos, notables de la política liberal, como Álvaro Gómez Becerra, Facundo Infante, Quintana, Montesino, etc.

⁸ (Madrid, imprenta de Yenes, 1841). El librero Hernando hizo varias ediciones y el autor, ya en su vejez, trataría de vender sus derechos para salir de apuros económicos (Cf. Carta a Nicolás Díaz y Pérez, París, 4-XII-1892. Archivo familiar de don Rodrigo Díaz-Pérez).

⁹ José Alonso Quintanilla, médico y botánico, nacido en Madrid (h. 1793) que en 1846 ocupó la cátedra de Botánica en la Universidad Central, venía dando clases desde 1832 en el Jardín Botánico de Madrid, centro en que él se había formado junto al agrónomo extremeño Julián de Luna, asistiendo a las clases de don Antonio Sandalio. Fue, así mismo, catedrático de Agricultura de Cáceres y Toledo. Autor de un *Discurso inaugural sobre las utilidades de las ciencias que han de enseñarse en la Universidad de Segunda Enseñanza de Cáceres*. Cáceres, M. de Burgos, 1822) y coautor del *Catálogo de Plantas del Jardín Botánico de Madrid* (Año 1849 y Edición de 1850).

¹⁰ Y hasta el burócrata de las Haciendas locales (si es éste el "José 2º" que-según contó Villergas, citando a Vicente Barrantes, en *Los políticos en camisa*- así firmaba para abreviar y "parecía querer decir que era sucesor de José Botella").

¹¹ Cf.E. Rodríguez Solís, *Historia del partido republicano español* (Madrid, Fernando Cano, 1893), p. 378. Antes de este estreno en Madrid, en 1835, había sido redactor del *Boletín Oficial de Badajoz* (Cf. R. Gómez Villafranca, *Historia y bibliografía de la prensa de Badajoz* (Badajoz, "Institución Pedro de Valencia", 1977), p. 27 y en 1840 en *El Pensamiento Extremeño* Cf. M. Osorio y Bernard, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX* (Madrid, J. Palacios, 1903), p. 141).

¹² *Espartero. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*. 4 vol. Madrid. Imprenta J. M. Ducazal, 1847) y fue reeditada.

¹³ Cf. Marx y Engels, *Revolución en España* (Barcelona, Ariel, 1973), P. 36.

Mientras hacía acopio de materiales para historiar la vida política y militar de Espartero, Flórez se vio envuelto en una conspiración contra la dictadura de Narváez. Cuenta Díaz y Pérez en su biografía, que al registrar los agentes el cuarto de José Segundo, confundieron aquellos datos y fuentes históricas con papeles comprometedores, los cuales, sin embargo, se guardaban efectivamente en dicha casa, pero cuidadosamente ocultos bajo las cenizas del fogón¹⁴. No está del todo claro cómo Flórez pudo escapar del consiguiente proceso. Baste para nuestros propósitos el consignar que la inseguridad en que viviría desde entonces debió de inspirarle la idea de salir del país.

La oportunidad se le brindó en forma de una comisión política que hubo de desempeñar junto con Abdón Terradas. Afirma Rodríguez Solís que el célebre Terradas «en 1848, al proclamarse la República en Francia, se hallaba accidentalmente en Madrid, y de allí marchó en unión de su amigo Flórez hacia París, al objeto de inclinar el ánimo del gobierno provisional de Francia en favor de la revolución que los demócratas proyectaban...»¹⁵. El papel del extremeño en aquella misión era - según puntualiza Díaz y Pérez- el de tranquilizar con su presencia a los progresistas españoles que no veían con buenos ojos el radicalismo jacobino del joven Terradas.

A poco de su llegada a París, Flórez comenzó a integrarse en la bohemia del Barrio latino y el 5 de julio de 1848 enviaba una carta al diario español *El Clamor público* firmándola ya como «residente»¹⁶. En noviembre de aquel año comenzaría a ejercer como corresponsal de dicho periódico y desde entonces, salvo un breve intervalo durante la Primera República¹⁷, vivirá en la capital francesa, entregado al periodismo y a la difusión de las ideas de Comte.

El exclaustrado comenzó su ejercicio como «partisant intellectuel du positivisme» desde *El Eco de Ambos Mundos*, periódico destinado a las Américas, en cuya cabecera -que significativamente era traducción de la comtiana *Revue des deux mondes*- lució por vez primera el lema político de «Orden y Progreso» (el mismo que los secuaces criollos de esta escuela inscribirían en la enseña nacional del Brasil). Y fueron también aquellas las páginas que dieron acogida al homenaje necrológico que Flórez rindió a su paisano Bartolomé José Gallardo, presentando a este bibliófilo como uno de los precursores españoles de la corriente positivista¹⁸.

Poco después Segundo Flórez pasó a fundar y dirigir *El Eco Hispano-Americano*, «revista quincenal enciclopédica», cuya sección científica corría a cargo de un interesante pensador español, Ramón de la Sagra, revelador en España del kantismo¹⁹. En aquella publicación, que se mantuvo desde 1851 hasta 1872, ganaría también su pan del exilio don Francisco Pí y Margall, hasta poco tiempo antes de ser designado como Presidente de la Primera República española.

Flórez, que además de propietario de la mencionada publicación era corresponsal de *El Siglo* de Montevideo y editor de un *Almanaque* positivista, también destinado a la

¹⁴ Díaz Pérez. Op. Cit., p. 605.

¹⁵ Rodríguez Solís. Op. Cit., p. 434-435.

¹⁶ *El Clamor Público*, 15-VII-1848.

¹⁷ Figueras le nombró presidente de la comisión española de Hacienda en el extranjero (Cf. *El Eco de Ambos Mundos*, 2 y 17-IV-1873). Sobre los motivos del cese véase Díaz y Pérez, op. Cit. Pp. 619-620.

¹⁸ Sobre la amistad de Flórez con Gallardo, véase Rodríguez Moñino, op. cit., p. 408. La biografía necrológica apareció en *El Eco* (30-IV y 31-V). Agradezco a J.M. Basanta Barro su localización.

¹⁹ Cf. M. Núñez Arenas : "Don Ramón de la Sagra, reformador social", *Revue Hispanique*, t. LX (1924), p. 335 y ss.

América austral²⁰, debió de cumplir una importante misión proselitista en aquellas repúblicas hispánicas. Probablemente, el ex-fraile había encontrado en la secta fundada por Comte la protección psicológica de una Iglesia, la disciplina de un nuevo dogma y el sustitutivo litúrgico que sancionaba ritualmente su matrimonio civil. El entusiasmo que sintió Flórez por el nuevo culto debió de ser tal, que el propio fundador no pudo por menos de incluirlo entre los albaceas de su testamento.

Se comprenderá ahora que una personalidad tan rica y extravagante como la de Flórez sedujese a Pío Baroja, quien tal vez llegara a conocerlo personalmente durante su primer viaje a París²¹. En todo caso sí es cierto que trató bastante a íntimos del exclaustro, como el Coronel Nicolás Estébanez, los cuales pudieron proporcionarle los datos precisos para trazar su retrato. Retrato éste que, bajo el nombre de «Segundo Paz», pasaría a formar parte del abigarrado retablo de la emigración española en París que Baroja recrea en sus novelas *Los últimos románticos* y *Las tragedias grotescas*.

Al poco tiempo de llegar a París Fausto Bengoa, protagonista de ambas ficciones, conoce a don Segundo Paz, emigrado español que era «casi célebre en el Barrio latino». Baroja pinta al ex-fraile como un vejete flaco y afeitado «que ostentaba una perfecta facha de dómine»²². Días más tarde, Fausto Bengoa y su criado Mudarra vuelven a encontrarlo en el restaurante del Odeón. Don Segundo -que lucía «un levitón Berrier, cuello alto y corbata de muchas vueltas» - estaba discutiendo en ese momento con un poeta. Bengoa lo invita a su mesa para presentárselo a Mudarra. La escena transcurre así:

«El ex-fraile se despidió del poeta y se sentó con don Fausto. Hablaba el exclaustro casi en andaluz.

Dijo que estaba queriendo convencer de la verdad de las ideas positivistas al que estaba con el perro, el cual era un señor que se dedicaba a cosas tan inútiles, según don Segundo, como hacer versos, y que tenía, además, una enfermedad de absurdas preocupaciones.

-¿Se murió Mendizábal? -dijo de pronto el ex-fraile.

-Sí, hace ya tiempo -contestó don Fausto.

-¡Pobrecillo! -murmuró don Segundo-. Era un reaccionario. ¿Y qué hacen ahora en España?

- Preparándose para la revolución.

Y don Fausto habló de Olózaga, de Orense, de Ruiz Zorrilla, de Salmerón y de Castelar.

-Son unos mentecatos -afirmó rotundamente el ex-fraile-. El único hombre de España es Prim.

Don Fausto no se atrevió a contradecirle, y el exclaustro continuó preguntando:

-¿Y Fernández y González?

-Escribiendo novelas.

- Aquí estuvo hace algún tiempo y no logró aprender francés. Entraba en una tienda y pedía las cosas, a gritos, en español. Al último le entendían.

²⁰ Osorio, op. Ci., p. 141 y Díaz y Pérez, op. Cit., pp. 610-612. Sobre la difusión del comtismo en Iberoamérica cf. *Comemoração do I centenario da morte de Augusto Comte. Exposição* (Río de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1957) y *Boletín Sociocrático*. Edit. Fundación Juan Enrique (Santiago de Chile, año 89 de la Era positivista [1943]).

²¹ Baroja en sus *Memorias* (Obras Completas; Madrid, Biblioteca Nueva, 1978, t. VIII, p. 676) escribe: «¡Oh tiempos de don José Segundo Flórez, de Román Salanero, de Cervignon y de otros rebuscadores que recorrían diariamente las orillas del Sena mezclados con bibliófilos de todos los países del mundo!».

²² En el grabado que apareció en la *Historia* de Espartero sí conserva un aire clerical, no así en el que figura en el *Diccionario* de Díaz y Pérez ni en el «daguerrotipo» que Bernardo Víctor Carande conserva en Almendral.

¡Y que discusiones armaban! Según él, Víctor Hugo, Dumas, todos los grandes escritores de aquí, eran unos mamarrachos. Entre los modernos no había más que Schiller. ¿Y sabe usted por qué tenía esa predilección?

-No

-Pues porque no lo había leído...»

Continuó don Segundo narrando anécdotas hasta que Bengoa hubo de marcharse, dejándolo en compañía de su criado:

«... Mudarra que sentía entusiasmo por todas las superioridades, quiso acompañar al enclaustrado.

Tomaron los dos por la calle Racine y en la esquina de ésta con Monsieur le Prince, don Segundo Paz mostró una casita de dos pisos y dijo:

- Ahí ha vivido el filósofo más grande de todos los tiempos presentes, pasados y futuros.

- ¿Quién?- preguntó Mudarra.

- ¡Quién ha de ser!- exclamó el exfraile- Augusto Comte.

Mudarra no recordaba haber oído tal nombre; miró la casa, no se le ocurrió ninguna observación, y esto le pareció depresivo. Haciendo un esfuerzo de memoria encontró algo como una idea y preguntó:

-Oíga usted, este filósofo Comte ¿es el que escribe Kant?

-El exfraile lanzó a Mudarra una mirada de desprecio, y, sin saludarle, se alejó de su lado; luego le dio tal risa la pregunta que se tuvo que apoyar en la pared de una casa para reír a su gusto y toser y sonarse y hasta quitarse los dientes postizos y guardarlos en el pañuelo. Mudarra miraba corrido al viejo, que con la mano en el costado no paraba de reír; al ver las muecas que hacía se le contagió la risa, y comenzó a reír a carcajadas. Al notarlo, el exfraile se indignó:

- ¡Imbécil! -dijo. ¡

Luego se arregló la corbata, se puso la dentadura postiza y se alejó de allí con aire sarcástico y desdeñoso».

Todavía hará don Segundo Paz varias apariciones cortas a lo largo de esta novela. Ya al final, Fausto Bengoa, algo intrigado por este personaje, interrogará sobre él a un amigo:

«- Y Paz, ¿de qué vive?
 -Es comisionista de una casa de América.
 -Pero ése es buena persona.
 - Sí; ¡ya o creo!.
 - Y tipo raro.
 -Figúrese usted que vino a París hace cuarenta años, con la idea de pasar tres o cuatro días, y no ha vuelto a su tierra.
 -Es notable. Sin duda, le gustó París.
 -Sí; se hizo amigo de algunos escritores de aquella época, sobre todo de Augusto Comte, y luego ya no se separaba de él. Hoy mismo, que nadie se ocupa de Comte, no puede soportar que se hable sin admiración de ese filósofo. Le siguió como un profeta, y cuando Comte inventó, en recuerdo de su amada Clotilde de Vaux, una ceremonia religiosa completamente ridícula, don Segundo era de los oficiantes.
 -¿Y ha escrito algo paz?
 -Sí; pero cosas sin interés libros para chicos de encargo²³. Lo que guarda es una gran correspondencia con Garibaldi, Mazzini, Félix Piat... Don Segundo tiene la virtud de atraer a los hombres célebres»²⁴.

Algo así debió de ocurrirle al auténtico don Segundo, porque Nicolás Estébanez en su Memorias alude también a dicha correspondencia:

«...Cultivé su trato durante muchos años y aprendí de él muchas cosas: era un archivo de nombres y sucesos. Ignoraba todo lo moderno, pero conocía con sus menores detalles la historia política de España y Francia desde 1830 hasta el sitio de París. Varias veces me dijo que yo heredaría su correspondencia, en la que había preciosas cartas del coronel Rengifo, del general Rodil, del general Maroto, de Espartero, de Orense, de Donoso Cortés, de Martínez de la Rosa, de Abdón Terradas, del infante don Enrique, de muchos políticos hispano-americanos, de Emilio Girardin, de Prim, de Garibaldi, de Pi y Margall, de Augusto Comte y de otros positivistas, entre ellos Congreve (...). Flórez murió sin testar cuando yo estaba en Madrid y no he sabido a qué manos han ido sus papeles»²⁵.

Los últimos años del anciano positivista debieron de ser muy difíciles, ni la República francesa ni los gobiernos españoles de la Restauración reconocían el mérito de sus trabajos pedagógicos...²⁶. En 1896 escribía a Nicolás Díaz y Pérez para que lo pusiese en contacto con sus sobrinos de Almendral, ya que, según él, el gobierno español se cuestraba sus cartas. A los 83 años, «lleno de achaques, neurosis, eczema general, ojos que han sido operados de cataratas, irritación vesical, hernias inginales»..., todavía se preocupaba de socorrer a sus parientes extremeños enviándoles cheques del Crédito Lionés²⁷. La España conservadora ya lo daba por muerto: tanto Menéndez

²³ Fue autor de una *Gramática de la lengua española* (Cf. Ovilio y Otero, *Manual de biografía y bibliografía*, París, Lib. De Rosa Bouret, 1859, t. II, pp. 11 y 12) y traductor de la obra de Flammarión, *Las tierras del cielo. Astronomía popular* (París-México 1878).

²⁴ *Los últimos románticos* (obras completas, t. VIII, pp. 883-885, 898 y 906).

²⁵ Fragmento de mis memorias (Madrid, H. de R. Álvarez, 1903) pp. 528-531.

²⁶ Don Segundo Paz, el personaje barojiano, se quejará de esto mismo: "¡Pero que se esté uno matando hace cincuenta años por cuestiones de Pedagogía y no le alienten ¡. Hace unos años me propusieron para las Palmas Académicas y el ministro dijo que no, que soy un revolucionario" (Las tragedias grotescas. Obras Completas, t. VIII, p. 991).

²⁷ Cf. Carta a Díaz y Pérez (París 26-VI-1896). Estas cartas acaban de ser publicadas por M. Pecellín en Alor Novísimo (Badajoz, julio-diciembre 1989) pp. 135-8.

Pelayo²⁸, como Vicente Barrantes²⁹ se compadecían de su triste final alejado de la grey católica, cuando aún vivía en París como testigo mudo de una época agitada y romántica. Fue al filo de los dos siglos, cuando a la edad de 88 años, dejó de existir, yendo a parar sus restos mortales al cementerio civil de Montparnase.

²⁸ Historia de los heterodoxos españoles (Madrid, C.S.I.C., 1963), p. 477.

²⁹ Cf. F. Rey Velasco y A. Barroso Dávila, Nicolás Díaz y Pérez (Badajoz, Diputación Provincial, 1886), p. 123, n. 172.